

NOTAS DE ORIENTE

Á Francisco García Calderón

La Resurrección de Rodas .

LA RESURRECCIÓN DE RODAS

En el más bello escenario del mundo acaba de representarse un acto nuevo de la tragedia que parecía terminada hace más de tres siglos. Los cristianos han arrebatado á los infieles la Isla de Rodas. Y esta sola noticia que los diarios de todos los países publican, nos hace vivir un instante en épocas tal vez no más grandes ni más heroicas que la nuestra, pero sí más suntuosas, más pintorescas, más teatrales. De sólo figurarme la sorpresa que los italianos deben haber sentido al penetrar vencedores en la vetusta ciudad de los caballeros, experimento como la impresión de asistir á un espectáculo de arte. ¡Qué emociones tan profundas, en efecto, deben gozar los nuevos cruzados, en las vetustas y admirables calles de la ciudad que todos creían muerta para la cristiandad heroica y que sólo estaba dormida! Al ruido de las armas, los ecos de antiguas hazañas se despiertan en las criptas de los palacios. Las voces de ayer, contestan á las voces de

hoy. En las iglesias, que no habían abierto sus enormes puertas claveteadas durante siglos y siglos, un salmo se eleva que reanuda la tradición piadosa. Y los cristianos de la isla, que se creían abandonados eternamente entre las manos crueles de sus vencedores seculares, preguntábase de fijo, frotándose los ojos, sino son el juguete de un ensueño admirable. Nosotros mismos, los que hemos pasado algunas horas ó algunos días en Malta sin poder ver los edificios de los cruzados sino por fuera, hemos creído á veces que nos hallábamos fuera, de la realidad, de tal modo todo lo que nos rodeaba parecíanos extraño y lejano. En el recinto de la población antigua cada casa conserva aun sus aspectos, sus líneas, sus rejas, sus escudos de armas. La calle de los Caballeros, en la cual ni una piedra ha sido cambiada, es la más pura maravilla arqueológica que existe en el universo. Grandiosa y severa con sus líneas algo secas, pero no sin armonía, conserva en su desolación y en su abandono una majestad emocionante. Los grandes edificios conventuales y los palacios de la maestranza alternan en ella con las casas solariegas de los barones cruzados. De trecho en trecho, colocado como para servir de puestos de vigías, destácase del alineamiento escueto de los muros de piedra, un mirador de madera labrada. Fuertes botareles unen en dos ó tres puntos las capillas de la izquierda con los monasterios de la derecha. El

gran Priorato de Francia, tan singularmente bello con su aspecto de mansión señorial y de fortaleza, ostenta sobre sus ventanas delicadísimas una crestería rudamente almenada. La *châtellenie* de una elegancia tal que más parece un monumento de alguna rica ciudad europea que de una plaza guerrera, abre sus amplios pórticos en lo alto de una escalera señorial junto al mesón de los españoles, hosco y escueto, está la cofradía de los alemanes, más ornada, y al lado del « lugar » de los venecianos, lleno de adornos bizantinos, aparece la casa de los portugueses, orgullosa hasta en los clavos de su portal.

— Todo esto está abandonado y desierto — me dijo al enseñarme la calle de los Caballeros hace seis meses un fraile francés.

Pero en seguida, corrigiendo su error, agregó :

— Todo menos el Palacio de la maestranza.

— ¿Quién habita en tan ilustre vivienda? — preguntóle.

— Venga usted y vea — contestóme.

Y fuimos... Y vimos..., ¡oh! cuadro siniestro y desgarrador, cuadro angustioso, ¡cuánto más valiera no contemplarte nunca! En la soberbia sala donde el maestre del orden de San Juan de Jerusalén recibía las visitas de los legados papales y de los embajadores imperiales, una docena de seres miserables, arrástranse penosamente murmurando palabras dolorosas y famélicas.

— Es la cárcel — me dijo un guía.

Algo más lejos otro palacio de los cruzados está convertido en cuerpo de guardia turco. Pero en general las antiguas mansiones se hallaban vacías, hasta que, ayer, los italianos como hijos y herederos de los caballeros decidieron hidalgamente ocuparlas.

* * *

El día que yo desembarqué en Rodas para llevar á cabo una piadosa peregrinación, un profesor italiano que dirigió una excursión de estudios por el Mediterráneo, explicaba á unos veinte bachilleres napolitanos, los fastos de la isla. Ante cada edificio ilustre el grupo estudioso deteníase para oír la docta palabra del maestro. Con una imparcialidad digna de servir de ejemplo á los que realizan viajes históricos, el profesor hacía notar que casi todo lo que constituye el tesoro artístico y legendario de la isla caballescica es francés.

— ¿Y los griegos? — preguntóle uno de sus discípulos.

— De la época del esplendor helénico no queda nada — contestóle.

— ¿Y el coloso? — interrogó otro.

— El verdadero coloso de Rodas — exclamó

el maestro — fué aquel magnífico señor de l'Isle Adam que supo, con un grupo de guerreros, hacer temblar al todopoderoso Solimán.

Y en seguida, con una elocuencia llena de sencillez, trazó un retrato palpitante de vida y de verdad del último gran maestre del orden de San Juan que poseyó la isla. Elegido para mandar las milicias cruzadas en el momento más trágico del siglo xvi, el sucesor de los Amboise y de los Aubusson tuvo desde un principio que luchar no sólo con sus francos adversarios de fuera, sino también con sus enemigos solapados de dentro. Su encumbramiento, en efecto, había herido á dos caballeros que se creían con tanto derecho como él á la maestranza: el gran prior de Inglaterra Thomas de Ocray y el gran prior de Castilla Andrés de Amaral. Este último, sobre todo, mostróse tan irritado, que cuando más tarde averiguóse que para vengarse de su vencedor había llegado hasta el punto de escribir al sultán de Turquía ofreciéndole su apoyo para realizar la conquista de la isla, nadie mostró la menor extrañeza. « Ya lo sabíamos » — se contentó con decir entristecido el gran maestre. Y sin tomar ninguna medida contra el traidor, comenzó á preparar la defensa de su fortaleza que Solimán había decidido atacar en persona con todas las fuerzas de su formidable armada y de su ejército invencible. En poco tiempo la ciudad de Rodas fué investida por fuerzas que

habrían bastado para conquistar Constantinopla. Del lado del mar, los turcos tenían hasta cien galeras capitaneadas por el famoso almirante Mustafá. Pero el grueso de las fuerzas estaba en tierra, donde el sultán mismo dirigía el tiro de cien cañones y las operaciones de más de cien mil infantes. Contra este ejército ¿qué contingentes podían los cristianos poner? El número de caballeros era exactamente de seiscientos y el de soldados no llegaba á cinco mil. El mundo entero, pues, daba por perdido aquel último baluarte europeo en Oriente. Pero Villiers de l'Isle Adam era de los que no dudan nunca de la victoria, ó, mejor dicho, de los que nunca piensan en la derrota. Con sus fuerzas insignificantes resistió meses y meses venciendo en cada combate mientras sólo se trataba de hacer proezas sobrehumanas y de pelear uno contra ciento. Pero llegó un día en que el sultán Solimán, viendo que más de la mitad de su ejército había sucumbido ante los muros siempre enhiestos, comprendió que sólo una traición podía librarle la plaza y recordó que el gran prior de Castilla se hallaba siempre al lado del gran maestre y estaba siempre dispuesto á venderlo. En el acto se establecieron relaciones secretas entre el sultán desesperado y el caballero envidioso. Un barón francés sorprendió un día al lacayo de Amaral, en el momento en que salía de la ciudad portador de un despacho secreto

para los turcos. El lacayo, sometido á la tortura, confesó. El prior, orgulloso y altivo, se dejó ajusticiar como traidor sin contestar siquiera á los cargos que se le hacían. « Hemos salvado el honor de la orden » — dijo Villiers de l'Isle Adam. Era todo lo que podía, después de tanto sacrificio, pretenderse. En la plaza, en efecto, no quedaban ya ni hombres, ni armas, ni municiones. El gran prior de Castilla, antes de ser desmascarado, había hecho esconder en los subterráneos de su iglesia los últimos barriles de pólvora. El 22 de diciembre del año 1522, Rodas tuvo que capitular. Solimán concedió á los supervivientes los honores de la guerra, y al verlos embarcarse en unas cuantas galeras, no pudo menos de llorar ante el espectáculo de tanto heroísmo, de tanta nobleza.

Cuando el profesor italiano terminó su conferencia en honor del héroe francés, el fraile que servía de cicerone acercóse á él cortésmente y le dijo :

— Si es cierto que Villiers de l'Isle Adam fué compatriota mío, no puedo yo permitir que os olvidéis de que su predecesor, el glorioso Fabricio Carrelli, era compatriota de usted.

En efecto, los italianos que ahora ocupan la gloriosa ciudadela de Rodas pueden invocar, como creadores de su abolengo, á dos caballeros de su nación que ocuparon el trono de la maestranza. El primero fué aquel valeroso Juan Bau-

tista de los Ursinos, de noble familia romana, que tuvo la fortuna de preparar el reinado de Pierre d'Aubusson, y el segundo Fabricio Carretti que vió los primeros reflejos del astro de Solimán brillar en el horizonte turbado del Oriente. Pero en realidad, no es por estos dos príncipes por lo que el nombre italiano adquirió su esplendorosa fama, sino por el esfuerzo menos visible y más eficaz de muchísimos priores, de muchísimos caballeros y de muchísimos servidores de la orden que supieron, en los momentos difíciles, mostrarse heroicos y hábiles á un tiempo mismo.

* * *

Tan vivo está el recuerdo de los dos siglos durante los cuales los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén lucharon dentro del recinto de Rodas por conservar á la cristiandad el dominio del mar Mediterráneo, que ni siquiera piensa uno cuando se pasea por los senderos floridos de la isla en evocar los recuerdos que la ilustran dentro de la historia helénica. Y no obstante si hay en la mar Egea un lugar que gozara, en la antigüedad, de prestigio, es aquella maravillosa tierra rodiana que los latinos acaban de arrancar al dominio de los turcos. « Esposa del sol » — llamaban los atenienses á la ciudad y los

poetas pindáricos cantaban sus glorias, y sus bellezas, y sus triunfos con un entusiasmo que ninguna otra comarca del archipiélago inspiraba. « Largo tiempo — dice uno de sus panegiristas — la isla ha podido dormir voluptuosamente en un nido de rosas, respirando el aroma de su propio seno. El soplo del Asia la acaricia con dulce languidez y su corona gloriosa brilla en la apoteosis perfecta de su gloria. Poblada en un principio por los gigantes, ha sabido, empero, conservar una fuerza indomable y su despertar será el despertar de la amazona irritada ». Antes de este despertar épico, que fué uno de los que más admiración causó á la antigüedad, Rodas tuvo siglos de brillo feliz. Un pueblo de blancas estatuas poblaba sus boscajes profundos. Sus jardines eran los más bellos del mar Egeo. En sus veinte academias, las justas oratorias entre retóricos venidos de todas las metrópolis orientales, mantenían vivo en el pueblo el fuego de la elocuencia. Sus cortesanas tenían fama de ser tan bellas como las de Chipre y tan cultas como las de Corinto. En sus templos innumerables, los cortejos de efebos coronados de jazmines y de vírgenes apenas envueltas en velos áureos, hacían olvidar los esplendores de Atenas. Un gobierno que era al mismo tiempo patriarcal y refinado, conservaba una perfecta armonía en la vida pública. Es Salustio quien dice : « Los rodianos no han tenido nunca que quejarse de sus magistra-

dos ni de sus tribunales, donde el rico y el pobre juzgan y son juzgados conforme á las leyes más equitativas». Además del sentimiento de la justicia, los habitantes de la isla tenían el instinto del arte y la religión de la independencia. El coloso que dominaba la entrada del puerto principal y que los antiguos ponían entre las siete maravillas del mundo, era un símbolo en el cual el pueblo fiero y delicado ponía la imagen de su grandeza unida á la de su lujo. Sus pórticos llenos de estatuas y de frescos, sus templos lucientes de oro, sus fiestas perpetuas, sus jardines encantados, todo lo que constituía su belleza y su voluptuosidad, en una palabra, no la hacía olvidar sus arsenales y su educación enérgica, y su culto de la fuerza unida al heroísmo. La sibila había predicho en tiempos muy remotos que Rodas sería la señora del mar. Y la realidad daba en la época del apogeo helénico, razón á la sibila. «Mucho antes de la época en que Tito Livio celebra la superioridad de la marina rodiense, — dice Meursius — la rapidez de sus barcos, la experiencia de sus pilotos y la fuerza de sus remadores, dábala el primer lugar en el Mediterráneo. Un refrán antiguo dice «que cada rodiano puede solo conducir una galera y que para diez galeras sólo se necesitan diez rodianos». Estos navegadores hicieron excursiones hasta las columnas de Hércules y fundaron colonias hasta en las entonces tan remotas tierras ibéri-

cas. Fuertes y orgullosos, creíanse invencibles á pesar de su reducido número, y cuando en 305 antes de nuestra era, Demetrio, el Soberbio, conquistador de Chipre, les declaró la guerra, hicieron prodigios de valor que causaron la admiración del universo entero. Por todo esto, Roma al apoderarse de Rodas declaró que nada podía serle tan grato como aquella noble presa.

* * *

Pero cuando uno llega en nuestros días ante las murallas del puerto admirable, no son aquellos recuerdos antiguos los que lo emocionan, sino los recuerdos más recientes de la época caballescaca. Y es que basta con contemplar desde el puente de un buque, como lo hacen los viajeros que van de Constantinopla á Beyrut, las fortificaciones de la ciudad de Villiers de l'Isle Adam, para que en el acto la imaginación se sienta transportada á la época de las maravillosas aventuras marítimas. Todo está ahí como el día en que los últimos cruzados vencidos por Solimán se embarcaron en las galeras de la cristiandad. Y uno espera ver surgir, entre las almenas de las enormes torres cuadradas que dominan el mar, las rudas siluetas de aquellos guerreros que vestían un hábito de fraile y que llevaban un mo-

rión luminoso. La armoniosa muralla que encierra la ciudad es de una pureza de líneas que no se ve en ninguna ciudadela europea. En el fondo, entre las palmeras airosas y los altos cipreses, las cúpulas y los campanarios alzan sus masas venerables, que por fortuna ninguna vecindad arquitectónica moderna deshonra. Pero si todo es bello, si todo es venerable, si todo es evocador, la calle de los Caballeros lo es más que el resto. En esa desierta vía de piedra, el pasado conserva aun su grandeza admirable. Cuando uno llega hasta ahí después de haber recorrido mil callejuelas pintorescas, una impresión inolvidable se apodera del alma. Hay algo de religioso y algo de trágico en aquel sitio mudo, callado y dormido, en el que sólo los escudos de armas hablan. « Aquí fué el gran priorato de Castilla » — dice una puerta. « Aquí fué el de Inglaterra » — dice otra. « Aquí el de Italia » — dice una tercera : Luego, una más alta que las demás, exclama : « Aquí fué la maestranza ». Y por poco imaginativo que el viajero sea, los fantasmas soberbios de aquellos viejos grandes maestros de la orden, ante los cuales temblaba el Oriente musulmán, surgen, en severo cortejo, seguidos de sus comendadores, de sus priores, de sus caballeros. Y es Foulques de Villaret, el primero de todos, que supo, sin dinero, sin armas, casi sin soldados, conquistar la isla para que los cruzados que acababan de perder las

tierras de Judea pudieran establecer un baluarte cristiano en las inmediaciones de Siria. Y es Helión de Villeneuve, el amigo de los papas de Aviñón, el héroe sin miedo y sin tacha, que supo, en los momentos más graves y más difíciles, mostrarse de una serenidad sonriente que inspiraba confianza aun á los que desesperaban. Y es Dieudonné de Gozón, el más joven de todos, el más bello también, el legendario jinete que renovando los mitos antiguos venció á un monstruo que terrorizaba la isla con sus siete cabezas voraces. Y es Pedro de Cornillán, adalid de Provenza, trovador y marinero, que supo oponerse aun á la voluntad del papa y que murió de tristezas. Y es Rogerio de Pins, provenzal también, que tuvo que luchar contra los caballeros españoles, siempre rebeldes, y que fué vencido por la astucia del prior de Aragón. Y fué Raymundo Berenger que despertó á la orden de su sueño de paz y le hizo recordar que su misión era guerrear contra los infieles y no intrigar en los palacios. Y es Roberto de Juliac, á quien los cruzados fueran á buscar en el fondo de una abadía apacible á Francia, para lanzarlo en la tragedia de Oriente. Y fué Fernando de Heredia, gran prior de España, el viejo y fanático y codicioso Heredia á quien otro gran maestro había acusado de robarse los bienes de la orden y que el poder del papa defendía contra todas las justicias, el siniestro y cruel y heroico Heredia

cuya ambición no conocía límites y que soñó en conquistar todo el mundo bizantino. Y es Filiberto de Naillac el que luchó contra Bajazet y contra Tamerlán. Y fué Antonio de Fluvián, el catalán suntuoso y bondadoso que regaló sus tesoros á la orden y fundó hospitales en todas partes. Y son Juan Bonpar de Tastic, prior de Francia, y Santiago de Milli, prior de Auvernia, y Raimundo Zacosta, prior de Castilla, y Juan Bautista Ursino, prior de Italia. Y es Pierre d'Aubusson, el magnífico. Y es, en fin, el más grande de todos, el último de todos, Villiers de l'Isle Adam.

* * *

Entre las muchas ideas extraordinarias que ha hecho germinar en las imaginaciones novelescas la conquista de las islas del mar Egeo por los italianos, hay una que tal vez no parecía muy práctica á los hombres de gobierno, pero que no puede dejar de seducir á los artistas. Se trata, en efecto, nada menos que de restablecer la orden de San Juan de Jerusalén con todo su esplendor antiguo y aun con algo de su antiguo poder. « Puesto que la ocupación definitiva de Rodas por las fuerzas de un solo país acarrearían dificultades diplomáticas — dicen algunos — nada sería tan fácil como constituir una milicia

internacional que se encargue no sólo de administrar la isla, sino de conservar sus monumentos, sus tradiciones y sus recuerdos.» En principio, efectivamente, nada parece ser un obstáculo á la realización de esta bella idea. ¿No existe en Creta un gobierno protegido por las potencias? ¿No hay en el Líbano, una especie de independencia garantizada por los cónsules? Pues lo mismo podría hacerse en Rodas. « Pero eso sí — exclaman los partidarios del poético proyecto — ante todo y sobre todo, habrá que respetar el carácter arcaico y aristocrático de la orden conservándole sus usos, sus leyes y sus prerrogativas dentro del territorio rodiano ». Y agregan : « Esto constituiría como un instituto de nobles y caballerescas enseñanzas en nuestro siglo prosaico ». ¿Es esto posible? Sólo las cancillerías pueden decirlo, y probablemente dirán que no lo es. Porque no debemos perder de vista que la milicia cruzada era una fuerza armada para la guerra con todos los derechos de los beligerantes. Pero, en fin, aun suponiendo que sólo se les dejara á los nuevos caballeros el privilegio de gobernar en paz bajo la vigilancia de un comisario supremo nombrado por Italia, la isla encantada, ya sería un gran triunfo para el espíritu poético y legendario.

* * *

La primera ventaja, la más preciada de todas, sería, en caso de reconstitución de la orden de San Juan, la conservación integral y por decirlo así vivaz de los palacios admirables de la calle de los Caballeros. Una administración civil y laica, en efecto, no podría jamás, por muy buena voluntad que tuviera, resistir á la tentación de afectar los edificios históricos á servicios modernos. El crimen que los turcos han cometido convirtiendo lo maestranza en cárcel, las administraciones europeas lo repetirían en mayor escala, aprovechando los mesones más amplios y los prioratos más suntuosos para oficinas de correos, de telégrafos, de aduanas, de contribuciones y de enseñanza. El ejemplo inglés de Malta está ahí muy cerca para demostrarlo. Además, las ocupaciones europeas llevan siempre aparejadas un deseo de progreso que puede ser sagrado en regiones como la Cirenaica, como Marruecos, como Argelia, pero que en Rodas hace temblar. « La vida — dicen los gobiernos que á su modo son siempre futuristas, — la vida tiene sus crueles exigencias ». Y estas exigencias, crueles realmente, más que crueles criminales, llegan en ciertos casos ó sumergir islas llenas de templos sagrados, como la de Filac, en Egipto, para aumentar el caudal de las aguas de una exclusiva.

— Los italianos — me diréis — son mucho más artistas que los ingleses.

Sin duda. Los italianos sienten como todos los

pueblos de abolengo latino, un amor religioso por lo que constituye el patrimonio glorioso del Mediterráneo. Sólo que el adelanto tiene exigencia ante las cuales el sentido estético se inclina por fuerza. Los palacios del Canale Grande de Venecia están ahí para decirlo.

Afortunadamente para Rodas, lo que su estado fuerte, activo y moderno no puede dejar de hacer, un gobierno arcaico tendría derecho á ignorarlo. Los caballeros de Rodas, dueños de la isla, no consentirían en que el comercio y la industria invadiesen las calles vetustas de la ciudad cruzada. Bastante espacio hay en el mundo para fábricas, para tiendas, para plantaciones, para oficinas, para muelles y para talleres, sin que sea necesario destruir su relicario venerable y admirable. Porque eso es, la antigua residencia de los Aubusson y los Villiers de l'Isle Adam : uno de los bellos relicarios del mundo. Y lo que resulta aun más extraño : un relicario intacto, en el que cada reliquia está immaculada. Los turcos que las han poseído durante quinientos años, apenas las han tocado. Con sólo abrir las puertas cerradas, con sólo sacudir el polvo de los pavimentos y de los muros, con sólo arrancar las malas hierbas que crecen en los patios, bastaría para que la maravillosa ciudad del siglo xv apareciera en todo su esplendor discreto.

Por otra parte, no hay que figurarnos que la organización del gobierno de los caballeros fuera tan ridículo y tan odioso como parecen creerlo los historiadores jacobinos. Aun en la época de mayor decadencia para las cruzadas, cuando los últimos señores feudales negociaban con los duques de Venecia para repartirse de antemano el producto de los saqueos de Oriente, los compañeros de Helión de Villeneuve y de Raymundo Berenger, encerrados en su isla, no soñando sino en cultivar su ideal de heroísmo y de pureza de ánimo, conservábanse inmaculados de todo interés bastardo. Las riquezas que Michelet les echó en cara, no eran fruto de pillajes de iglesias ó de palacios de Bizancio, como las de los almugávares y como las de los capitanes de Balduino de Flandes, sino don del papa y del rey de Francia, que al apoderarse de los bienes de los templarios, habían creído hábil dar una parte del botín á los hospitalarios. Pero estas mismas riquezas adquiridas tarde, no fueron nunca vistas con buenos ojos por los grandes maestros, que comprendían que si el oro es instrumento de poderío también lo es de disolución. Sin las tentaciones de los bienes de la orden, en efecto, las luchas de Fernando de Heredia contra la autoridad del capítulo y de la maestranza. «Hubiera sido de desearse — dice Verlot hablando de aquel estupendo señor de presa — que ó no entrara en la orden ó que al entrar se despojara

de la avaricia y de la codicia humanas.» Durante años y años, en efecto, el gran prior de Aragón, que era omnipotente en el ánimo de Inocencio VI, no pensó sino en amontonar riquezas sin pararse en los medios: desoyendo las censuras de su superior, hízose dar por el pontífice de Aviñón, además del priorato de Castilla y el de San Gil, que eran los más pingües de aquella época, multitud de comanderías, de feudos y de abadías. Más poderoso era que el gran maestre y con su riqueza crecía su insolencia hasta el punto de que Rogers de Pins lo declaró solemnemente indigno de llevar el hábito de los caballeros de San Juan. Y sin embargo, en el fondo de aquella alma ávida y altanera había una nobleza y una magnanimidad extraordinarias, como lo comprendieron todos más tarde. Elegido gran maestre por intrigas papales, en efecto, Heredia, ya muy viejo, cambió por completo de la noche á la mañana. En vez de pensar en aumentar sus tesoros, lo que le habría sido muy fácil á la sazón, consagróse de un modo absoluto á la guerra santa. En el sitio de Patrás, su arrojo dejó pasmados á los caballeros. «Á la edad en que los hombres apenas pueden ya andar — dice un cronista — fué el primero en escalar las murallas dando así el ejemplo del asalto». Ya en la plaza, encontrándose cara á cara con el bajá que mandaba las fuerzas turcas, cortólo la cabeza de un mandoble y subióse á una torre para ense-

ñarla á los soldados infieles, que huyeron llenos de espanto al ver á aquel hombre. Y si en el triunfo es épico, en la adversidad es sublime. Cuando cayó prisionero en la toma de Corinto, tres grandes priores se ofrecieron en su lugar y los turcos aceptaron el cambio. Pero Fernando de Heredia opúsose á aquella operación diciendo : « Dejad á un anciano que ya es inútil morir en la esclavitud, y conservad vuestra juvenil independencia para servir nuestra causa ». Luego, cuando el sultán fijó lo suma de su rescate, opúsose á que el tesoro de la orden lo pagara y pidió á su familia que vendiera sus tierras para obtener su libertad. Aquel hombre que fué sin embargo el menos caballero entre los caballeros, según la opinión de los que lo conocieron joven, y sólo el ejemplo de sus compañeros de armas hizo de él un dechado de virtudes en los últimos años de su vida.

*
* *

Todo, en la organización de la orden de San Juan, estaba hecho para desarrollar en el alma de los hospitalarios, el heroísmo, el espíritu de sacrificio y el sentimiento del honor. Creada en el siglo XI para curar á los enfermos, la caballeresca institución comenzó por no exigir de sus miembros sino los votos de pureza, de pobreza y de

obediencia. Pero á la muerte del fundador, el segundo gran maestro Raymundo del Puy, que era más guerrero que enfermero, agregó el voto de combatir contra los infieles á los tres primeros votos. « Para conservar el espíritu que el venerable Gerardo Tunc dió á nuestra sociedad — dijo — dividiremos nuestras fuerzas en tres partes : la primera, que será de limosneros; la segunda, que será de sirvientes para nuestros hospitales; la tercera que será de caballeros para llevar la espada sobre el hábito religioso. » Inútil es recordar que esta tercera categoría fué la que más atracción ejerció desde un principio en el ánimo de la juventud de toda la cristiandad. De Francia, sobre todo, acudieron por millares los mancebos aventureros para guerrear en las galeras hospitalarias. « Cada día llegaban á los santos lugares legiones de cadetes de Auvernia, de Provenza y de Borgoña — dice un cronista — pidiendo que se les aceptara en la orden por dura que fuera la disciplina. » Para ser aceptado, eran, no obstante, necesarios muchos requisitos de estirpe, de carácter y de constitución. « Queremos — escribió el primer gran maestro — que de cada uno de nosotros pueda conocerse la vida, las costumbres, las dotes personales y el abolen-go. » Una vez su nobleza de nombre y de armas probada, el novicio pronunciaba con las manos puestas sobre los Evangelios, la fórmula sacramental, á saber : « Hago votos y prometo á Dios

ñarla á los soldados infieles, que huyeron llenos de espanto al ver á aquel hombre. Y si en el triunfo es épico, en la adversidad es sublime. Cuando cayó prisionero en la toma de Corinto, tres grandes priores se ofrecieron en su lugar y los turcos aceptaron el cambio. Pero Fernando de Heredia opúsose á aquella operación diciendo : « Dejad á un anciano que ya es inútil morir en la esclavitud, y conservad vuestra juvenil independencia para cuando el sultán se á que el tes á su familia que su libertad. Aqu menos caballero opinión de los q ejemplo de sus un dechado de su vida.

Todo, en la o Juan, estaba he de los hospitales sacrificio y el señalamiento del honor. Creada en el siglo XI para curar á los enfermos, la caballeresca institución comenzó por no exigir de sus miembros sino los votos de pureza, de pobreza y de

obediencia. Pero á la muerte del fundador, el segundo gran maestre Raymundo del Puy, que era más guerrero que enfermero, agregó el voto de combatir contra los infieles á los tres primeros votos. « Para conservar el espíritu que el venerable Gerardo Tunc dió á nuestra sociedad — dijo — dividiremos nuestras fuerzas en tres partes : la primera, que será de limosneros; la segunda, que será de sirvientes para nuestros hospitales; la tercera que será de caballeros para

religioso.» Inútil egoría fué la que principio en el cristiandad. De por millares los guerrear en las a llegaban á los es de Auvernia, e un cronista — a orden por dura i ser aceptado, muchos requisitos titución. « Que- maestre — que onocerse la vida, ales y el abolen- bre y de armas

probaba, el novicio pronunciaba con las manos puestas sobre los Evangelios, la fórmula sacramental, á saber : « Hago votos y prometo á Dios

GOMEZ CARRILLO, E.

- C -
910
G

Romerías.
París, Casa Editorial
Garnier Hermanos, s.f.
227 págs.

ñarla á los soldados infieles, que huyeron llenos de espanto al ver á aquel hombre. Y si en el triunfo es épico, en la adversidad es sublime. Cuando cayó prisionero en la toma de Corinto, tres grandes priores se ofrecieron en su lugar y los turcos aceptaron el cambio. Pero Fernando de Heredia opúsose á aquella operación diciendo : « Dejad á un anciano que ya es inútil morir en la esclavitud, y conservad vuestra juvenil independencia para servir nuestra causa ». Luego, cuando el sultán se opuso á que el tesoro se repartiera entre su familia que se había perdido su libertad. Aquellos pocos menos caballeros de opinión de los que él era ejemplo de sus virtudes, un dechado de su vida.

Todo, en la orden de San Juan, estaba hecho para el sacrificio y el servicio. En el siglo XI para curar a los enfermos, la caballeresca institución comenzó por no exigir de sus miembros sino los votos de pureza, de pobreza y de

obediencia. Pero á la muerte del fundador, el segundo gran maestre Raymundo del Puy, que era más guerrero que enfermero, agregó el voto de combatir contra los infieles á los tres primeros votos. « Para conservar el espíritu que el venerable Gerardo Tunc dió á nuestra sociedad — dijo — dividiremos nuestras fuerzas en tres partes : la primera, que será de limosneros; la segunda, que será de sirvientes para nuestros hospitales; la tercera que será de caballeros para llevar la espada sobre el hábito religioso. » Inútil egoría fué la que se estableció al principio en el orden de la cristiandad. De los que se ocupaban por millares los que se ocupaban en la guerra en las montañas de Auvernia, se ocupaban un cronista — un historiador — el orden por durar y ser aceptado, muchos requisitos de institución. « Que el maestre — que se ocupaba de hacer conocerse la vida, de las armas y el abolenbre y de armas con las manos puestas sobre los Evangelios, la fórmula sacramental, á saber : « Hago votos y prometo á Dios

todopoderoso, á la bienaventurada Virgen María y al señor San Juan Bautista, de obedecer siempre, con la ayuda celestial, al superior que me sea designado por Dios y por nuestra orden; de vivir sin poseer nada; de ser puro y casto.» Las leyes que regían la comunidad eran severas pero no opresivas. Lo primero en que pensaban los legisladores hospitalarios, era en resguardar la dignidad de cada uno y la fraternidad de todos. Para juzgar á un caballero, convocábase á toda la orden para que presenciara el juicio que instruían los jueces. Una vez la sentencia pronunciada, los mismos jueces imploraban la clemencia del gran maestre y de los caballeros. El mayor crimen era el de infamia ó felonía, que se castigaba con prisión perpetua y del que ninguna clemencia podía redimir. Para las faltas menores, sobre todo para las que eran cometidas por jóvenes, el consejo mostrábase por lo general piadoso, y una vez el perdón concedido nadie tenía derecho á recordar el delito. Los poderes del gran maestre, que en apariencia eran absolutos, en realidad estaban limitados por el consejo en la vida corriente y por el capítulo general en los asuntos graves. Para cada nacionalidad, había un gran prior y las nacionalidades eran, á saber: de Provenza, de Auvernia, de Francia, de Italia, de Aragón, de Alemania, de Inglaterra, de Castilla y de Portugal. Los grandes priores, unidos á los jueces, al mariscal, al gran comen-

dador, al hospitalero y al turcopoliero, formaban el consejo. Una gran cordialidad unida á una perfecta cortesía reinaban en la existencia ordinaria de la ciudad.

* * *

Y si la caballería, en Rodas, constituía un gobierno ideal para la época — y tal vez para todas las épocas — el caballero representaba — ¿y por qué no decir que siempre representa? — el tipo casi perfecto de la humanidad masculina. Sin idealizarlo como los antiguos novelistas que enloquecieron al bueno de don Quijote y sin exaltarlo como Chateaubriand, siempre se le puede presentar como un ser en quien ninguno de los defectos que hacen á los hombres odiosos pudo jamás cebarse. Las máximas que les servían de líneas de conducta, son y serán siempre la suma y el compendio de las virtudes que más nos complacería reconocer en nuestros hijos. Servid á Dios — dice el manual del perfecto caballero; — sed suave y cortés para con todo el mundo, alejando de vuestro ánimo el orgullo; no seáis adulator, ni delator, porque los que lo son no llegan nunca á la perfección; sed leal en hechos y en palabras; cumplid siempre lo que ofrecéis; socorred á los pobres y á los débiles. En

cuanto al arrojo, ni siquiera lo menciona el consejero de neófitos. ¿Cómo suponer, en efecto, que quien se consagraba abnegadamente al servicio de Dios y de los hombres pudiera carecer de heroísmo? Saber morir en las batallas defendiendo la cruz ó la patria, era, en otros siglos, cualidad de todo ser bien nacido. Lo meritorio era tener al mismo tiempo el espíritu de bondad, de galantería, de desinterés, de modestia y de sacrificio. « Lo que había de más admirable en el espíritu de aquella institución — dice Michaud — era el completo don de sí mismo y la lealtad que hacía un deber para cada guerrero de olvidar su propia gloria para no publicar sino los hechos meritorios de sus compañeros. El esfuerzo de cada caballero constituía su bien, y el que lo ocultaba era raptor de un bien ajeno. Un historiador de las cruzadas nos ofrece un ejemplo singular de esta virtud que no es justamente la humildad sino algo que puede llamarse el pudor de la gloria, cuando nos presentó á Tancredo deteniéndose en el campo de batalla y haciendo jurar á su escudero que guardara el secreto de sus hazañas. La mayor injuria que se podía hacer á un caballero era acusarlo de mentir. La falta á la palabra empeñada y el perjurio pasaban por crímenes vergonzosos cuando el inocente oprimido apelaba al apoyo de un caballero desgraciado del que no respondía al llamamiento. El oprobio era el castigo de cualquier ofensa al

débil, ó al desvalido, ó al desarmado. El espíritu caballeresco mantenía vivo en el alma de los hombres los sentimientos generosos y viriles». Ahora bien ¿encontráis en todo esto algo que no os sería grato ver hoy en un amigo muy querido? Pues eso no es todo. Además de las virtudes de que habla Michaud, tenían los caballeros, cuando no hacían como los de San Juan profesión de celibato, un respeto tal por la mujer, que ni aun el más rendido cortesano de nuestra época puede comprenderlo. La divisa « Dios y las damas » que pareció á Ruskin la más bella frase del mundo, no resultaba una vana galantería. « Nada puedo decidir sin la reina que es mi dama » — decía Luis de Francia cuando al caer prisionero de los infieles recibió las primeras proposiciones de libertad de los sudanes de Egipto. Antes de los torneos los heraldos clamaban : « Ay de aquel que olvide las promesas que ha hecho á su Dios, á su nación ó á su amor ! ¡ Ay de quien traiciona su fe, su rey ó su dama ! »

* * *

¿No creéis que verdaderamente bien valdría la pena de reconstituir, aunque no fuese sino como una reliquia viva de la gran religión del honor, una institución que así comprendía la existencia,

para confiarle el gobierno de la isla venturosa donde tan bellamente floreció antaño? En las universidades se conserva el estudio de las lenguas muertas y de las ciencias muertas. ¿Por qué no establecer, así mismo, una especie de conservatorio de las magníficas virtudes de otros tiempos, devolviendo á un grupo de caballeros de todos los países del mundo los palacios blasonados de Rodas? El oscuro periodista italiano que ha lanzado á los cuatro vientos la idea novelesca, no ha creído tal vez hacer sino una ingeniosa paradoja. En realidad hay algo más en su proyecto : hay una bella aspiración que representa muy bien el renacimiento del espíritu tradicionalista que ahora comienza á notarse en Europa. Un experimento bastaría para demostrarlo, pues es seguro que apenas se iniciara la resurrección de la orden de San Juan con fines modernizados, civilización y de exploración en tierras africanas, los cadetes, lo mismo que antaño, acudirían de todas las naciones.

Alguien me hace notar que la Orden de San Juan de Jerusalén convertida en orden de Malta, existe siempre.

Es cierto. Gracias al prestigio religioso de los hospitalarios aun hay, en Roma, un Gran Maestre que goza de honores platónicos de soberano y ante el cual los emperadores de Rusia y de Austria tenían hasta hace poco acreditados sus embajadores. El número de caballeros de Malta,

sin ser extraordinario, es todavía bastante grande para que el genial y aventurero cardenal Lavignerie pensase, al principio de su conquista espiritual del África, en aprovechar sus fuerzas, reorganizando su poderío militar. Pero tal como hoy vegeta no es sino un fantasma. Que se le dé Rodas como lo dicen algunos, y tal vez lo veremos florecer de nuevo.

* * *

¿Me decís que todo esto no es sino un sueño?
Puede ser.

Pero en todo caso no me neguéis que es un bello sueño. Y muy á menudo los sueños de hoy son las realidades de mañana...